

## CONSIDERACIONES PSICOANALÍTICAS EN TORNO DE LA AMBIVALENCIA MATERNA<sup>1</sup>

**Paula Campos<sup>2</sup>**

*PsiRelacional, Lisboa, Portugal*

La ambivalencia se refiere a un proceso de integración de los aspectos contradictorios de la vida mental, como el amor y el odio y la capacidad de vivirlos en relación con una misma persona. Se describe el proceso de adquisición de la ambivalencia (en una óptica Winnicottiana), de su maduración y de los problemas relacionados con la no adquisición o la incipiente maduración de la ambivalencia en el individuo. Se establece una relación entre los binomios amor-odio y reconocimiento-preservación del Self. Se establece una relación entre el contexto cultural y sus modelos perfeccionistas asociados a la maternidad y un proceso defensivo de negación de la ambivalencia.

**Palabras clave:** amor, odio, ambivalencia, ambivalencia materna, reconocimiento, destrucción, culpa, preocupación.

Ambivalence refers to a process of integrating the contradictory aspects of mental life, such as love and hate and the ability to live them in relation to the same person. The process of acquiring ambivalence (in a Winnicottian perspective), its maturation and the problems related to the non-acquisition or the insipient maturation of ambivalence in the individual is described. A relationship is established between the love-hate and recognition-preservation binomials of the Self. It establishes a relation between the cultural context and its perfectionist models associated with motherhood and a defensive process of denial of ambivalence.

**Key Words:** love, hate, ambivalence, maternal ambivalence, recognition, destruction, guilt, concern.

**English Title:** PSYCHOANALYTIC CONSIDERATIONS REGARDING MATERNAL AMBIVALENCE.

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Campos, P. (2019). Consideraciones psicoanalíticas en torno a la ambivalencia materna. *Clínica e Investigación Relacional*, 13 (1): 86-96. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de [www.ceir.info](http://www.ceir.info)] DOI: 10.21110/19882939.2019.130106

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las II Jornadas de Psicanálise Relacional. Fac. de Psicología, Lisboa, Mayo de 2018. Versión castellana de la autora con correcciones editoriales menores de CeIR. En este mismo número de CeIR puede acceder a la versión original portuguesa.

<sup>2</sup> Psicóloga Clínica y Psicoterapeuta Psicoanalítica. Miembro fundador y de la Asamblea General de la Asociación *PsiRelacional*. Miembro de la IARPP. Correo electrónico: [paulacampos99@hotmail.com](mailto:paulacampos99@hotmail.com)

El interés por la cuestión de la ambivalencia materna viene motivado por mi propia experiencia materna y por la constatación de que todas las mujeres que conozco, dentro y fuera de mi consultorio, experimentan considerables dificultades para lidiar con su ambivalencia como madres.

Otra cuestión, que, además de interesarme, me intriga, se refiere al hecho de que a menudo, especialmente cuando se trata de un primer hijo, hay una enorme distancia entre la experiencia vivida en la maternidad, intrínsecamente ambivalente, y el ambiente vivido culturalmente en lo que se relaciona con la maternidad, intrínsecamente no ambivalente, no conflictivo. Parece haber una especie de tabú en nuestra cultura, relacionado con los sentimientos contradictorios que la experiencia de la maternidad provoca. ¿Por qué? ¿Será que esta especie de tabú vivido socialmente es una expresión de las dificultades psíquicas en lidiar con la ambivalencia?

Creo que podemos decir que todas las madres aman y odian a sus hijos y que todas las madres experimentan en algún grado, ansiedad y culpa en respuesta al odio vivido. Si odiamos a nuestros padres, hermanos, maridos, amigos, otras razas, religiones o nacionalidades, nos consideramos o somos considerados poco razonables, con dificultades interpersonales o incluso perturbados. Si sentimos odio por nuestros hijos, nos consideramos o somos considerados monstruosos, inmorales, adquiriendo aquí el odio por los hijos un carácter no natural, "contra-natura".

Fui, entonces, tratando de percibir las raíces de la agresividad, para comprender por qué somos agresivos y por qué, si, acaso la agresividad materna será "contra-natura".

Decidí recurrir a Donald Winnicott, importante teórico de la relación madre-bebé, para darme cuenta de que muy temprano, incluso antes de la integración de la personalidad, ya está la agresividad, siendo que en sus orígenes la agresividad es casi sinónimo de actividad. No se puede decir que cuando el bebé da patadas dentro del útero, está a punto de salir a la fuerza. O que el bebé que mastique los pezones con sus encías, tenga el propósito de destruir o lastimar. Pero se puede decir que estas funciones parciales se van organizando en el niño, a medida que se convierte en una persona, transformándose en agresividad. (Winnicott, 1950-55)

Winnicott se pregunta si la agresividad se origina de la rabia provocada por una frustración o si tendrá una raíz propia.

Es posible decir que en el impulso del amor primitivo encontraremos siempre una reacción agresiva, pues en la práctica no existe la satisfacción total del Ello. Entonces, y aunque el niño en esa fase no tiene la intención de destruir, hay en el impulso del amor primitivo un

aspecto destructivo. Aspecto que está vinculado a la excitación y al amor primario y no a la frustración (Winnicott, 1950-55).

En esta etapa inicial, observamos cómo lo activo y destructivo del bebé, es fundamentalmente un sinónimo de estar vivo y no se relaciona con el odio ante la frustración que el enfrentamiento con la realidad provoca. Esto sucederá más tarde.

A medida que el bebé se va volviendo persona y descubriendo, a través de sus movimientos y choques infantiles, el mundo no yo, con el que se relaciona, es que irá naciendo la agresividad, que en Winnicott está indisociada de la intencionalidad. En el inicio la tendencia a golpear contra las cosas forma parte de una energía vital y, con el desarrollo, esas mismas actividades (gritar, morder, escupir), van siendo utilizadas al servicio del odio, odio que se relacionará posteriormente con las frustraciones.

Deseablemente, la madre debe ser capaz de tolerar el sentimiento de odio hacia su bebé sin nada hacer al respecto y sin vengarse, no expresándolo. Pero al mismo tiempo debe sentirlo en toda su plenitud, so pena de no ofrecer el odio que el bebé necesita para odiar. El bebé necesita el odio de la madre para odiar. Si la madre ofrece un ambiente cargado de sentimentalismo, o sea de negación de su odio, el niño no podrá tolerar toda la extensión de su propio odio (Winnicott, 1947).

El niño también necesita el odio de la madre para aumentar la conciencia de que es un ser separado y diferente de la madre. El gana conciencia de su mente y deseos, desde el momento en que la madre se desajusta de sus necesidades. A este respecto conocemos bien la teorización Winnicottiana que refiere una desadaptación gradual, a fin de que ocurra algo muy próximo a lo que Kohut vino a nombrar como frustración óptima.

Winnicott (1950-55), nos dice también que la madre odia al bebé antes de que éste la odie. ¿Por qué? Porque hay un estadio, anterior a la integración de la personalidad, que Winnicott denominó de estadio de amor despiadado o sin compasión, en el que lo que el niño hace, y que puede ser violento, no se hace a partir del odio. El término odio, sólo pasa a tener sentido a partir del momento en que el bebé se siente como una persona entera.

De esta manera, el odio se convierte en una señal de civilización, una señal de una conciencia del mundo no yo, teniendo por lo tanto un valor positivo de conquista, en clara oposición a Melanie Klein.

Así, reconocemos la agresividad como una dotación normal de la especie humana, siendo que su presencia en el interior de todos los individuos, sin excepción de las madres, tiene el valor de una conquista del desarrollo, no correspondiendo a ninguna disfunción o

perturbación. El odio, nace del hecho trágico y maravilloso de constituirse en personas, estando, por tanto, en sintonía con la naturaleza humana y no contra la naturaleza humana.

¿Es el amor? ¿Cómo se relaciona el amor con el odio? Y la ambivalencia, ¿cuándo y cómo sucede?

Volvamos al inicio de la vida. El amor también está desde siempre, al principio un amor primitivo que corresponde a la necesidad de relacionarse con otras personas.

Un amor despiadado o sin compasión, es decir, un amor, que como vimos, contiene elementos destructivos, y en el que el bebé todavía no considera importante el hecho de que lo que destruye cuando es excitado es lo mismo que valora en los tranquilos intervalos entre las excitaciones.

Cuando este amor sin compasión cuenta con una respuesta sensible y con compasión por parte de la madre, el bebé va teniendo la ilusión de que crea el mundo y de que la madre, una especie de presencia sentida pero invisible, es también una creación suya.

Sólo a partir de esta experiencia de ilusión, es que la desilusión (y consecuente separación yo / no yo, que incluye el destete) podrá ser procesada, siendo la condición para el surgimiento de la ambivalencia (Winnicott, 1965).

Winnicott (1951) afirma que la capacidad de ambivalencia que el niño alcanza, apunta al éxito de la función de desilusión de la madre. Pero, no olvidemos, no hay desilusión sin ilusión bien constituida. Esta experiencia de desilusión conduce a la experiencia de la rabia y, en los casos favorables, a la fusión de los componentes agresivos y eróticos, un requisito esencial para el alcance de la ambivalencia. Si todo va bien, el bebé puede realmente ganar con la experiencia de frustración, ya que permite que los objetos se vuelvan reales, tanto odiados como amados.

Cuando el bebé es capaz de combinar la experiencia erótica con la agresiva y relativa a un solo objeto, se vuelve capaz de experimentar ambivalencia en la fantasía. Está empezando a establecer un Self, una unidad que está psicológicamente integrada. La madre, se vuelve ahora, una imagen coherente y el término "objeto total" tiene sentido (Winnicott, 1963).

El Ego del bebé comienza a tornarse independiente del Ego auxiliar de la madre, pudiéndose decir que hay un interior en el bebé, y por lo tanto, también un exterior. Esta conquista y riqueza personal, se desarrolla a partir de la experiencia del odio y el amor simultáneos que implican la conquista de la ambivalencia. A partir de este momento, el bebé comienza a sentir ansiedad en relación a las fantasías agresivas y destructivas que dirige a su madre, pues si la destruye, la pierde. Cuando la madre sobrevive sin represalias, el bebé va a tener una confianza creciente de que tendrá oportunidad para hacer

reparaciones y al tolerar su ansiedad, ésta se vuelve alterada en su calidad transformándose en sentimiento de culpa. Aquí percibimos la relación entre el sentimiento de culpa y la ambivalencia. Es decir, el sentimiento de culpa es una ansiedad con una calidad especial, una ansiedad sentida a causa del conflicto entre el amor y el odio. El sentimiento de culpa implica la tolerancia de la ambivalencia (Winnicott, 1963). De aquí, de la supervivencia del objeto al ataque en la fantasía resulta no sólo la reparación, sino el amor. "Yo te destruí. Te amo. Tienes valor para mí porque has sobrevivido a la destrucción" (Winnicott, 1971).

Es el ataque en la fantasía y la supervivencia del objeto que permite que el objeto sea reconocido como separado. La destrucción es el otro lado del reconocimiento. El odio es el otro lado del amor. Estamos ante una paradoja, porque es el hecho de que el objeto se ha vuelto real y ambivalente que hace que el bebé lo destruya y el resultado de esa destrucción es el reconocimiento del objeto. Lo que pasa, es que estos procesos de ilusión, desilusión, destrucción, supervivencia y reconocimiento se están dando constantemente y contribuyendo a la consolidación de los fenómenos en cuestión.

Sólo para señalar que estamos mucho antes del período definido por Freud como aquel en el que se consuma la ambivalencia, el período Edípico. Esta es una ambivalencia vivida en la relación dual y no triangular.

Pero la culpa sólo se siente si la madre no tiene la capacidad de recibir el gesto reparador del bebé. En caso contrario, la culpa no es sentida, permanece como potencial y la confianza en este ciclo benigno se va consolidando (daño fantaseado, oportunidad de reparación) y la culpa sufre nueva modificación transformándose en preocupación. Ahora el bebé es capaz de preocuparse y de asumir responsabilidades por sus impulsos y las fantasías asociadas. (Winnicott, 1963).

El amor sin compasión cederá entonces lugar al amor con respeto, con capacidad de preocuparse y con asunción de responsabilidad.

El fracaso de la madre sobreviviente lleva a una pérdida en el bebé de la capacidad de preocuparse y su sustitución por ansiedades y defensas tales como el clivaje y la desintegración o en el mejor de los casos a formas primitivas de culpa y ansiedad (Winnicott, 1963).

El fracaso de la madre sobreviviente lleva, también, a que la intención fantasiosa destructiva quede, en el interior del bebé, marcada como tal. Esto transformaría la idea de una destrucción potencial inconsciente en un sentimiento de capacidad destructiva real, marcada por las consecuencias en el objeto. (Abelló y Liberman, 2011).

Si pensamos que este bebé un día será madre y, si es una madre que tiene pocas oportunidades para transformar estos núcleos, será ciertamente una madre con dificultades en lidiar con su odio y, por lo tanto, para sostener de forma madura la ambivalencia. Recuerdo una paciente que me decía hace días a propósito de las dificultades de relación con su hija de seis años: "ella no sabe lo que puedo hacer, no sabe de lo que soy capaz, sólo eso puede explicar que siga provocándome". Un sentimiento de capacidad destructiva real.

La ambivalencia puede ser adquirida más o menos consistentemente. Podemos, por ejemplo, más frecuentemente, percibir de una forma integrada los fenómenos y las relaciones y perder, aquí y allá esta percepción integrada derivando hacia soluciones más diferenciadas. No hay madre que no conozca la sensación de que el hijo en determinado momento adquirió, a sus ojos, una característica muy marcada e insoportable, cuya percepción parece conducirla a la locura. Y en aquel momento, que se espera pasajero, lo que está por ver se asemeja a toda la realidad.

Tendencialmente, cuanto mayores sean las dificultades para integrar el amplio espectro de sentimientos que la capacidad de ambivalencia puede abarcar, más soluciones del tipo proyectivo encontraremos. Cuando es así, el discurso materno revela que el niño es visto como una personificación del odio o de partes indeseadas de la madre. Son madres que tienden a culpar a sus hijos.

O cuando las propias madres no pudieron conocer el ciclo benigno y la oportunidad de reparación, sea en la infancia o en la vida adulta a través de una psicoterapia, viven las cuestiones de la ambivalencia de forma muy culpable, castigándose por sus fallas y esforzándose constantemente y arduamente para ser mejores madres.

En estas situaciones arriba descritas, estamos fuera del ciclo benigno, estamos ante el ciclo destructivo que conduce a la falta de esperanza, a la culpa, al odio actuado, a la agresividad inflexionada y a comportamientos punitivos. Roszika Parker (1995), psicoanalista Inglesa que observa este fenómeno desde una perspectiva Kleiniana, entiende la ambivalencia como resultado de las diferentes necesidades de las madres y de los hijos y resalta el potencial constructivo de la misma. Entiende que el sufrimiento que la ambivalencia causa puede promover el pensamiento. Mira la ambivalencia como un proceso potencialmente creativo en el que la madre tiene que pensar activamente las diferencias entre ella y su hijo y encontrar soluciones que conduzcan a una actitud materna más sintonizada. La autora siente que la ansiedad y culpa que la ambivalencia causan en el psiquismo de las madres y en la sociedad en general, nos impiden ver su aspecto creativo.

Después de comprender mejor el fenómeno de la ambivalencia, concluimos sobre la ambivalencia materna lo siguiente:

1. La forma en que la madre se ocupa de su ambivalencia es una medida de su capacidad para reconocer a su hijo como otro.
2. Es también una medida de su capacidad de asumir la responsabilidad de todos los sentimientos e ideas que surgen en su interior.
3. La forma en que la madre se ocupa de la ambivalencia es también una medida de su capacidad para transformar parte de su agresividad en funciones sociales, como la reparación
4. La madre suficientemente buena es ambivalente.

Paradójicamente, a medida que las condiciones para la maternidad se han vuelto más difíciles, se espera más de las madres y las madres esperan más de ellas. Hay mucha presión en torno a la maternidad contemporánea, expresión de ello son por ejemplo los modelos perfeccionistas en el cuidado de los niños en todas las áreas-alimentación, sueño, broma, desarrollo intelectual y emocional. Por ejemplo, el amamantamiento se ha convertido en una obligación moral más que en una preferencia, los juguetes tienen que ser cuidadosamente elegidos por su valor educativo y no por ser llamativos, etc. Se añade a este escenario, la conflictividad, que aún recae muchísimo sobre la madre, entre el trabajo y la casa. A este respecto me contaba una paciente angustiada, "salgo de la empresa a las 19.00 y me miran mal porque es muy temprano, llego a la escuela a las 19.30 y también me miran mal porque es muy tarde".

Este camino ligado a una solución de perfección y de super-exigencia, parece tener la función de negar la existencia de la ambivalencia y en este sentido, nos parece un camino que aumentará la brecha entre los sentimientos de amor y odio, dificultando la experiencia de ambivalencia y causando enormes sufrimientos ligados a la culpa, lo que alimentará de nuevo este ciclo: ambivalencia-culpa, más ambivalencia y más culpa.

Este contexto cultural influye grandemente en el aumento de la ambivalencia materna.

Cuando empecé a pensar en esta cuestión cultural de negación de la ambivalencia, recordé que el psicoanalista Stephen Mitchell (1993) identificó una cierta a-conflictividad en la teoría relacional. Aunque su naturaleza es el conflicto, la teoría ha ido, en particular con las teorías de la detención del desarrollo, hacia lo siguiente: si el medio proporciona oportunidades para relacionarnos no surgen conflictos, si no, el resultado no es el conflicto,

sino la privación y la frustración de las necesidades. Guntrip (1969), llegó incluso a afirmar que es posible vivir una experiencia libre de conflictos (cit. por Mitchell, 1993).

Al disminuir la importancia del conflicto, el modelo del desarrollo produce una visión simplista y pasa por encima de la ambivalencia esencial de la situación analítica y de la vida en general.

Ahora bien, las relaciones íntimas no son estáticas e implican una tensión y conflicto entre la vinculación y la constitución y la defensa del Self (Mitchell, 1993).

Es decir, desde temprano en la vida, vivimos en esta encrucijada permanente: ¿cómo puedo pasar o seguir siendo yo, contigo?

¿Y cómo esta tensión entre vinculación y defensa del Self se relaciona con las vivencias de amor y odio?

por lo tanto:

"Siempre que no me reconoces, te odio. Siempre que me reconoces, te amo".

"Tendencialmente, cuando te odio y tú sobrevives, te amo".

"Siempre que no te reconoces, te odio, pues así que tampoco podrás reconocerme."

"Siempre que yo no te reconozco y en lugar de eso, me presento un objeto interior subjetivamente construido por mí que me trae vivencias desagradables, yo te odio."

Pero la cuestión es aún más compleja, pues las mismas circunstancias que provocan sentimientos de amor, provocan en otras áreas psíquicas el odio. Por ejemplo, como dijo Winnicott, la madre se excita con su bebé, pero en otra área psíquica esa excitación placentera provocará odio, ya que la madre no podrá tener sexo con su bebé. O el propio sentimiento de amor provoca el sentimiento opuesto, porque amar nos deja dependientes. A semejanza de Winnicott dudamos seriamente que en alguna circunstancia la madre o cualquier otro individuo, pueda sentir sólo amor, por lo que nos parece que vivimos en una constante tensión amor-odio.

La ambivalencia nos permite amar sin negar el odio y odiar sin negar el amor, pero más que eso, nos permite amar y odiar simultáneamente. Lo que deseablemente sucede con las madres, es que su amor maduro es reclutado, un amor con capacidad de reconocimiento del otro, con capacidad de preocupación y cuidado, con capacidad de asumir la responsabilidad, un amor que conoce el odio y que es capaz de tratar y equilibrar estas tensiones.

A la par de la tensión amor-odio, vivimos, como formula Jessica Benjamin (1995), la destacada psicoanalista intersubjetivista, en una constante tensión entre el reconocimiento del otro y la defensa del Self, y a este respecto, aunque tal vez sea difícil aceptar que la madre también necesita ser reconocida por su bebé, es importante tener este aspecto en cuenta, so pena de dejar de considerar una importante fuente de ambivalencia materna.

La noción de tercero, como Jessica Benjamin (2012) la describe, me parece útil para explicar cómo los sentimientos de odio de la madre no se vuelven prevalentes, manteniendo este equilibrio del odio-amor. La idea del tercero es que podemos mantener una representación del mundo válida frente a fracasos y decepciones que lo contradice. Recurrimos al tercero cuando se produce una ruptura en nuestras expectativas o provisión de necesidades. Así, siempre que la relación de la madre con su bebé es frustrante para ésta, se transforma dentro de la madre ya que ella usa su habilidad para reconocer los sentimientos de su hijo y los suyos a fin de que no sienta que sólo su experiencia importa. Cuando la madre desarrolla una capacidad de amar madura, con integración del odio y amor y con capacidad de reconocer al otro, distinguiendo claramente de su Self y atribuyendo igual valor, como centro de experiencia subjetiva, a sí mismo y al otro, tiene mayor posibilidad de constituir el tercero. Tiene mayor posibilidad de comprender que cuando siente su Self en cuestión, sea porque el bebé es muy exigente, porque la priva de tiempo para mirar hacia sí, para enamorarse, para cuidar de los demás hijos y cuando odia momentáneamente a su hijo por eso, no lo hace porque es malo, porque quiere estropear o porque es un niño insoportable (ecos de relaciones de objeto anteriores), sino porque es hiper-dependiente (reconocimiento del otro). El reconocimiento es la acción práctica que construye el tercero.

Espero haber podido mostrar, naturalmente de forma limitada, la relación entre amor, odio, ambivalencia, reconocimiento, destrucción, culpa, preocupación.

Intentando, de forma más objetiva responder a la pregunta que planteé al inicio de mi comunicación, señalaré tres factores que me parece que intervienen fuertemente en las dificultades para lidiar con la ambivalencia y, en particular, la materna, observándola en un locus más individual o social.

1. El desarrollo que precede a la conquista de la ambivalencia es complejo y sensible y puede conducir a la experiencia de la ambivalencia y su retroceso o, por otra, a la conquista de la ambivalencia (con formas más o menos consistentes). Después de la conquista de la ambivalencia y dependiendo de la evolución y maduración del Self, la ambivalencia puede alcanzar formas más maduras o mantener formas más infantiles. Esta es una de las razones por las que puede ser difícil lidiar con la ambivalencia, ya que puede estar

inconsistentemente conquistada o no haber sufrido transformaciones, a lo largo de la vida del sujeto, en el sentido de su maduración.

2. Otra razón que nos parece contribuir a la dificultad en lidiar con la ambivalencia es que tal vez resida en nosotros un miedo primitivo de que el odio destruya el amor, miedo revelado por la teoría Kleiniana, de donde, tener constantemente contacto, a través de la solución ambivalente, con el lado odioso de la vida (respecto al propio y al mundo), se vuelve difícil y sobre todo, peligroso.

3. Por último, y esta es la razón que se refiere a la ambivalencia materna, quisiera decir que el hecho de que necesitamos muchísimo de las madres, por haber nacido absolutamente dependientes de otro que vela por nuestra supervivencia y de otro único y especial que nos ayude a crear y mantener la vida psíquica, hace que esperemos mucho de las madres y que seamos extremadamente exigentes con ellas. Nancy Chodorow y Susan Contratto (1982), aseguran que se mantiene un núcleo, dentro de las personas adultas, donde el deseo infantil de una madre perfecta se mantiene vivo, haciendo que los adultos esperen de sus madres que ellas continúen estando disponibles y de acuerdo con sus necesidades. Y quizás con que los adultos esperen de todas las madres que sean lo más cercano a la perfección posible.

El contexto social de negación de la ambivalencia materna a través de una visión idealizada de la maternidad, parece derivar de las dificultades intrapsíquicas en lidiar con la ambivalencia, pero una vez expresada en el cuerpo social, esta dificultad cobra vida y fuerza propias, compitiendo para el agravamiento de las dificultades intrapsíquicas.

## REFERENCIAS

- Benjamin, J. (1995). Recognition and destruction: An outline of intersubjectivity. In *Like Subjects, Love Objects: Essays on Recognition and Sexual Difference*. New Haven: Yale University Press.
- Benjamin, J. (2012). El Tercero. Reconocimiento. *Clinica e Investigacion Relacional*, 6(2):169-179. (ISSN 1988-2939)(Recuperado de [www.ceir.org.es](http://www.ceir.org.es)).
- Blanco, A., Liberman, A. (2011). *Una introducción a la obra de D. W. Winnicott. Contribuciones al pensamiento relacional*. Madrid: Ágora Relacional.
- Chodorow, Nancy J., and Susan Contratto (1982). The fantasy of the perfect mother. In *Feminism and Psychoanalytic Theory*, 79-96. New Haven, CT: Yale University Press.
- Mitchell, S. (1993). *Conceptos Relacionales en el Psicoanálisis: Una Integración*. (M. Córdoba Trad.) Obra originalmente publicada em 1988. México: Siglo Veintiuno Editores

Parker, Roszika (1995). *Mother Love/Mother Hate: The Power of Maternal Ambivalence*. New York: Basic Books.

Winnicott, D.(1947). O Ódio na Contratransferência. In *Da Pediatria à Psicanálise* (pp.277-287) (D. Bogomoletz Trad.) Rio de Janeiro: Imago Editora. Davy.

\_\_\_\_\_ (1950-1955). A agressividade em Relação ao Desenvolvimento Emocional . In *Da Pediatria à Psicanálise* (pp.288-304) (D. Bogomoletz Trad.). Rio de Janeiro: Imago Editora

\_\_\_\_\_ (1963). O Desenvolvimento da Capacidade de se Preocupar. (70-78). In *O Ambiente e os Processos de Maturação*. Porto Alegre: Artmed

\_\_\_\_\_ (1965). O conceito de trauma em relação ao desenvolvimento do indivíduo dentro da família . In *Explorações psicanalíticas* (pp.102- 115). Porto Alegre: Artes Médicas-

\_\_\_\_\_ (1975). O Uso de um Objecto e Relacionamento através de Identificações. In *O Brincar e a Realidade* (pp121-132) (J. Abreu, V. Nobre, Trad.). Rio de Janeiro: Imago Editora.

En este mismo número se publica la versión original portuguesa de este trabajo.

Original recibido con fecha: 26/9/2018      Revisado: 15/03/2019      Aceptado: 30/03/2019